





## EL ANGEL DE ALAS NEGRAS

Bajo el palio de la adelfa que florece en la espesura  
de los bosques infinitos del dolor y del misterio  
melancólico una virgen con las manos colgadas  
solitaria reza y llora, reza y llora y mira al cielo  
y sus pálidas mejillas  
surca su lágrima de fuego.  
Su vestido envuelve un manto  
todo negro,  
aun más negro que las noches sin estrellas  
de mis locos pensamientos,  
aun más negro que las horas colgadas é infinitas  
que eternizan los dolores que anidaron en mi pecho.

De sus labios las sangrientas amapolas se marceblan  
y las rosas de su seno  
pálidecen;  
destrenzados sus negrísimo cabellos  
imposibles juegan en sus hombros,  
en sus hombros imposibles juegan con el viento.

Reza y reza, llora y llora bajo el palio de una adelfa ensangrentada  
y sus lloros y sus rosos  
no mitigan ni un instante los pesares de su alma dolorida,  
no se aplacan ni un instante sus mortales sufrimientos.

Y ya el angel de alas negras se presenta ante sus ojos,  
y con tétrico semblante  
y mirada melancólica, insensible con el dedo  
le señala  
el sendero

del martirio y de la angustia,  
y en las secas amapolas de sus labios pone fuego  
el infante y triste cálix que amargura,  
ha formado con un lirio de tamaño gigantesco.

Y la virgen murmurando una plegaria  
silenciosa va pisando los abrojos del sendero  
del martirio, de la angustia y de amargura  
y camina sin pararse al concurrido é infante templo  
donde á muerte en sus altares  
un sin número de víctimas le tributa sufrimiento.

Oh, mi hermosa virgen mística!  
¡Pobre niña desolada! Yo contemplo  
tu semblante triste y pálido, y revelo que en tu espíritu batallan  
los dolores más acerbos,  
y revelo la honda pena que te aflige, te consume y te devora  
y atormenta tu tormento,





la honda angustia que implacable se ha cebado  
en las regias bermosuras de tu cuerpo,  
de tu cuerpo más hermoso  
más gallardo y más esbelto  
que las blancas y marmóreas esculturas  
que embellecen los jardines, los palacios y los templos.

En la noche interminable de mi amarga desventura  
yo te he visto, pobre virgen, muerta y livida en el lecho,  
muerta y livida en el techo con los ojos entornados  
y los labios entreabiertos.  
Yo te he visto toda envuelta  
en un velo  
transparente y vaporoso

todo negro,  
y en las manos sostenías á la effigie dolorosa del Dios-hombre,  
que apoyabas en tu pecho.

Y te he visto, virgen mía, bajo el palio de los fúnebres cipreses  
bajo el palio de los fúnebres cipreses que siniestros  
se levantan  
en los tristes cementerios  
y murmuran en las noches pavorosas  
en que el aire silba tetrico  
las canciones que presagian á los vivos  
los instantes más funestos.

Muerta y todo ¡aun estaba muy hermosa!  
tan hermosa que los muertos  
de sus jóbregas mansiones  
para verte se salieron,

y uno á uno desfilando ante tu alcázar  
te besaron en la frente y en los labios entreabiertos,  
inclinaron reverentes la cabeza  
y á sus tumbas suspirando se volvieron.

¡Ah! Mil veces yo maldigo al concurrido  
y triste templo  
donde á muerte en sus altares  
un sin número de victimas le trilló su sufrimiento.

¡Oh, mi hermosa virgen mística! ¡Oh mi niña idolatrada!  
Vivirás eternamente en mi loco pensamiento,  
en tu alcázar pondré flores inmarchitas,  
y la ofrenda que te doy como recuerdo  
regaré todos los días con mis lágrimas de sangre,  
con mis lágrimas de fuego.

Y por último, alma mía,  
virgen bella, yo deseo  
que me entierren en tu alcázar cuando muera  
y de tálamo nos sirvan tus negrísimo« cabellos.

FELIX BASANTA







## EL TENORIO EN LA PLAZA

No se trata de los tenorios callejeros que «vienen dedicándose» a enamorar doncellas de labor en las plazas de abastos. Con tal asunto no hay drama posible, pues el decir chicolero á una *atropellaplato* á fin de buscarse la cajetilla gratis, los relieves de la mesa del amo para «desengrasar», y alguna peseteja de añadidura, amén de otros agasajos y obsequios más formales, apenas si puede servir de tema para un romance de López Silva ó de escena para una piececilla chulesca de las que hoy se estilan, aplauden y celebran.

Trátase de la representación del popularísimo engendro de Zorrilla en las plazas de toros, cosa que no tardarán muchos meses en ver los aficionados á la «fiesta nacional» con todas sus derivaciones, complicaciones, innovaciones, ramificaciones y degeneraciones de última hora.

Actualmente ocupanse los periódicos cortesanos en referir con todas sus señales y pelos la semanal aparición de D. Tancredo López (ya habrán notado ustedes que le ponen con *don* y todo), en el circo metropolitano ó primado de las Españas, y agotan los adjetivos en otro tiempo reservados á los generales victoriosos (verdad es que ahora no habría ocasión de emplearlos), para ponderar las excelencias del cacareado, jaleado y asendereado *sugestionador* de reses bravas que es la última novedad en achasques tanrómacos.

El rey del valor, según le apellidan los carteles, es un filón para la empresa que lleva en arrendamiento la plaza de Madrid. Los *amateurs* del «nobilísimo arte» del toreo acuden todos los domingos á presenciar las artístegadas experiencias del monarca y entretienen el resto de la semana en comentar las fañazas, gestos y proezas de este suicida de nuevo cuño.

La estatua del flamante Comendador tiene por pedestal, no sólo el que colocan en los medios del anillo para que practique el señor López (intentándola ó consumándola), la atrevida suerte que tantas palmadas, cigarros y dinero le vale, sino la estupidez de sus imbéiles admiradores. Así está el hombre por las nubes.

Pero á todo hay quien gane, y ya anda por ahí una arriscada señorita, Mlle. Mercedes Bartés, la cual escribe cartitas bilingües á los revisteros taurinos anunciándoles, no la venida del Mesías, sino la suya propia á la corte, y su *probable* aparición en esta plaza (la de toros), para *verificar trabajos semejantes á los de D. Tancredo López*. «Al efecto, —dice,—representaré la estatua de D.<sup>a</sup> Inés...»

Otros imitadores del Comendador *abrigan* (como buenos toreros de invierno) el propósito de emular sus glorias, y acaso oscurecerlas, y es de temer que, si se decidieran á ello, resultaría para el actual monopolizador de este novísimo aspecto de la sugestión (!!), como para sus competidores de uno ú otro sexo, ruinósísima la concurrencia en el negocio.

Yo, en bien de todos y de nuestra ansiada regeneración, propongo (*salvo meliore*), la agremiación de todos los Tancredos, machos y hembras, habidos y por haber, y la formación de una compañía, cuadrilla ó *troupe* cómico-lírico-tauromáquico-acrobática para la ejecución del drama zorrillesco en los ruedos de la Península, Islas y kábilas adyacentes.

De cuajar mi *moción*, la escena del sofá (tercera del cuarto acto, si mal no recuerdo), dejaría tamañita la suerte de los que banderillean en silla. El *sugestionador* encargado del papel de D. Juan, exclamaría, dirigiéndose á la señorita Bartés (pongo por estatua):

«Cálmate, pues, *diestra* mía;  
reposa aquí, y un momento

olvida, Inés, de este bruto (1)  
la cornamenta *bravata*».

(1) Señalando al toro, naturalmente.

—¡Bravo, bravo!—gritaría el concurso al escuchar el ripio que sirvo de calificativo á la cornamenta de la res. Y Tenorio proseguiría de este modo:

«Ese barullo que el viento  
recoge entre esas miriadas  
de bocas idiotizadas  
que revelan su contento;  
ese dulcísimo acento

con que rebuzna un señor,  
del tendido morador,  
pidiendo tu sangre fría,  
¿no es verdad torera mía,  
que están respirando amor?»

La inopinada aparición del Comendador (este cometido lo desempeñaría entonces el toro ó buey, dejando de hacerlo en ambos casos D. Tancredo) ocurriría así poco más ó menos:

DON JUAN

«¡Es realidad, ó delirio!  
¿Es su estampa, su divisa!»

COMENDADOR

«¿Por qué te causa pavora  
quien de la dehesa á la plaza  
vino por tí?»

DON JUAN

«¿No es la traza  
de los *bureles* de Miura?»

COMENDADOR, (*oléndole*)

«Siempre supuse que aquí  
no me habías de esperar.»

DON JUAN

«Mientes, que hice retirar  
á los toreros por tí.  
Llégate, pues, porque veas  
que ni para Dios me muevo.  
Te espero comiendo un buey,  
manque el propio Miura seas.»

TODOS

«¡Aquí te esperoooo...  
comiendo un *güevooo...*»

No puede negarse que el espectáculo resultaría divertido, ameno, sorprendente y muy digno de nuestra cultura *fin de Europa*.

El arrojo individual, como lo practica D. Tancredo, tiene poca gracia. Siquiera declamase un monólogo, ó se diese cuatro *pataitas*, menos mal; pero, ¡cá!, el heroico López no se aventura á decir esta boca es mía, y en cuanto á las extremidades abdominales, únicamente las emplea para salir por pies cuando ve la cosa mal parada.

De más seguro efecto sería, puestos ya á autorizar estos lances, el suicidio en colectividad, en masa, que nos recordaría la estoica serenidad de los mártires en el anfiteatro ó el sublime ejemplo de Numanacia y Sagunto.

—¡*Panem et circenses!*—vociferarían las turbas, ni más ni menos que la plebe acanallada en los tiempos de la Roma de Domiciano.

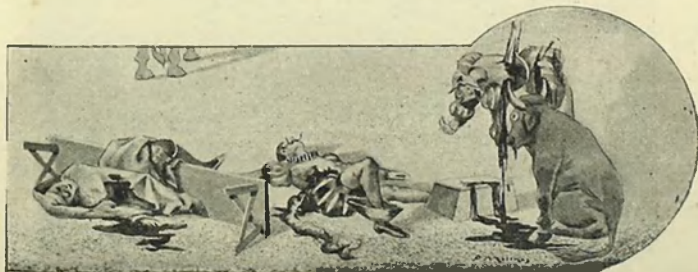
—¡*Ave, Caesar!* (ó *Brute*).—clamarían, encarándose con el concejal de tanda, los «ejecutores» del Tenorio... ¡*Tancredituri te salutant!*

Y la función sería puesta en escena con todo el *hule* que su interesante argumento requiere.

Si alguien juzga realizable mi idea, se la cedo *gratis et amore*.

Duro con ella, y después... ¡qué nos entren moscas!

CARLOS MIRANDA





L. Alvarez: SALIENDO DE MISA





#### ADORNOS FEMENILES

Dice el Diccionario de la Academia: «*Abanico*. Instrumento para hacerse aire.»

No estoy de acuerdo con la definición: precisamente el abanico sirve para todo... menos para hacerse aire: sirve para taparse la cara, para coquetear, para mirar por los claros del varillaje, para dejarlo caer cuando se quiere que alguno lo recoja, para hablar con el novio, para darse golpecitos en las uñas, para golpear el rostro de un adorador atrevido, y para importunar á los poetas pidiéndoles versos.

En manos femeniles, el abanico tiene un lenguaje especial:

Abierto completamente, quiere decir *indiferencia*.

Abierto hasta la mitad, *me es usted simpático*.

Cerrado: *pero no se engraia usted, porque bien podré arrepentirme*.

Abierto en una cuarta parte: *si usted se empeña...*

Enseñándolo por el lado más vistoso: *es usted muy amable*.

Enseñándolo por el otro lado: *¡qué tonto es usted!*

Abierto hasta la mitad y con el varillaje hacia arriba: *con el tiempo veremos*.

Lo mismo, pero abierto en una cuarta parte: *pero nada de atrevimientos, porque le daré á usted pa-saporte*.

Lo mismo, pero abierto del todo: *hombre, ¡atrévase usted!*

Entregándolo por el mango, cerrado: *no, señor*.

Entregándolo por la tela, cerrado: *sí*.

Entregándolo por la tela, entreabierto: *¡me quieres mucho?*

Entregándolo por el mango, entreabierto: *¡te amo!*

Entregándolo cerrado y cogido por la mitad: *estoy enojada...*

Entregándolo cogido por la mitad y entreabierto: *te perdono*.

Arrojándolo al suelo: *¡qué más quieres?*

Dejándolo caer: *¡no puedo hacer más!*

Pegando con él: *¡quietecito!*

Abanicándose muy aprisa: *¡infame!*

Golpeándose con él los nudillos: *¡me vengaré!*

Rompiéndolo: *¡estoy furiosa!*

Guardárselo en un bolsillo (si cabe); *hemos concluido*.

Dejárselo caer en cualquier parte: *¡te desprecio!*

Tirándolo á la cabeza del novio: *¡así revientes!*

El abanico, en fin, es un objeto de lujo que sirve para dar más frío en el invierno y más calor en el verano. Un pretexto para hacer gastar dinero inútilmente á los padres, á los amigos, á los esposos y á los novios.

Un arma ofensiva y defensiva de la mujer que sirve para todo menos para hacerse aire.

NEMO



LA SALVE ANTES DE LA CORRIDA, cuadro de S. Viniégra  
Ayuntamiento de Madrid



# LOS CAMELLOS

A FEDERICO VALIDO



Por la llanura estéril, por el desierto triste  
los lánguidos camellos caminan sin cesar,  
los lánguidos camellos de glaucos ojos grandes  
que lo infinito exploran con vaga majestad.

Caminan soñolientos, hinchando las narices  
y prolongando el cuello con rítmica impulsión,  
mientras desciende á chorros sobre sus jibas rubias  
la llamarada intensa del fulgurante sol.

El polvo amarillento flotando en el espacio  
se arremolina en trombas de vívido matiz,  
y á ratos los envuelve como en un velo de oro  
que ondula llameante hasta rasgarse al fin.

Allí en lo más remoto los ciclopes de piedra,  
las téticas Pirámides de enorme magnitud,  
sus masas triangulares inmóviles apuntan  
como una negra cuña contra la comba azul.

Sobre la línea tenue del diáfano horizonte  
esfuma su penacho la palma patriarcal,  
la palma que el oasis anuncia como emblema  
de un himno de abundancia y una canción de paz.

Y los camellos tristes avanzan en silencio,  
avanzan taciturnos con honda pesadez,  
hundiendo en las candentes y líbicas arenas  
los callos glutinosos de sus nervudos pies.

De sus pupilas verdes parece que se esparce  
ese reflejo estoico que nace del dolor,  
ese reflejo extraño que arranca del que siente  
la calma imperturbable de su resignación.

Conocen las inmensas angustias del cansancio.  
Eternos peregrinos del páramo infeliz,  
soportan con la austera templanza del asceta  
de la llanura ingrata la soledad hostil.

Su instinto les predice que al fin de la jornada  
la sombra les aguarda, la yerba y la quietud,  
su instinto que les hace doblar el largo cuello  
hacia el lugar do brillan oasis de bambú.

Allí en el charco de agua huyente y cristalina  
sumergirán las fauces con ávida ansiedad,  
allí sus verdes ojos, sus grandes ojos glaucos  
la gloria del desierto tranquilos gozarán.

(Tenerife)

L. RODRÍGUEZ FIGUEROA

Así que  
batallón, l  
balleroso c  
bolo del va  
había proy  
y tan rica  
La gue  
la lucha p

Alguna  
en otras oc  
que de su  
ción del te  
de gloria  
su vida p  
amor á sus  
to que él  
sí mismo c  
de mercen  
ta falta d  
cia.

Pronto  
digno ofic  
gros eserá  
su familia  
pudo eleg  
cualquier  
por donde  
que siendo  
punto inic  
rtera era  
también te  
él se despr

Solicitó  
ir al Norte  
que era r  
y ruda la  
consiguió  
Cuando s  
al ejército  
de él mis  
la ordena  
nuevo á t  
lancha de  
gruras de

El com  
no se habí  
nacida.

No esti  
militar es  
oficialillos  
sin temo

No le f  
tipatía y  
llos recole

Grande  
gos seriar  
Al fin s

## ¿SENSIBLERIA O SENTIMIENTO?

Así que terminó sus estudios en la Academia de Toledo y vistió el uniforme y fue destinado á un batallón, le arrearon en el espíritu las ilusiones y las fantasías propias de sus cortos años y de su caballeroso oficio; por las calles se pavoneaba luciendo en cada manga las tan codiciadas estrellas, símbolo del valor y la hidalguía, envidia de los hombres é íman de las mujeres, y bendecía la hora en que había proyectado seguir la noble carrera de las armas, que tan halagadora se le mostraba al presente y tan rica de glorias y laureles en lo futuro.

La guerra civil ardía en el Norte de España, y él no pensaba en otra cosa que acudir al teatro de la lucha para lograr, con su sangre si era forzoso, el fruto de sus legítimas ambiciones.

Algunas veces analizaba sus propios sentimientos y no le parecían tan nobles y desinteresados como en otras ocasiones imaginaba, porque su deseo de acudir á la guerra procedía más bien de su ambición que de su amor á la patria, y el ansia de los ascensos era en él más viva que el anhelo de la pacificación del territorio. De vez en cuando su pensamiento escrutador le presentaba con indudable aureola de gloria á los voluntarios del pretendiente, que sin ambiciones ni esperanzas personales arriesgaban su vida por acendrado amor á sus ideas, en tanto que él observaba en sí mismo ciertos ribetes de mercenario y absoluta falta de independencia.

Pronto desechaba el digno oficial estos negros escrúpulos, porque su familia era rica y él pudo elegir libremente cualquier otra profesión, por donde conjeturaba que siendo voluntario el punto inicial de su carrera eran voluntarios también todos los que de él se desprendían.

Solicitó de sus jefes ir al Norte, al punto en que era más empeñada y ruda la campaña y lo consiguió fácilmente. Cuando se vió afiliado al ejército, siendo en vez de él mismo, el alférez de la segunda compañía del tercer batallón de tal regimiento, encadenado por la ordenanza y por los mandatos de aquellos que tenían superior graduación á la suya, volvieron de nuevo á turbar sus pensamientos los reparos de su conciencia que tanto le amargaban, pero una avalancha de razonamientos brillantes, hijos de su fecundo ingenio, desvanecían en seguida todas las negruras de su espíritu cayendo sobre ellas como lluvia de luz esplendorosa.

El comandante de su batallón era un hombre tosco y cuartelario, procedía de la clase de tropa, y no se había pulido su entendimiento con el estudio ni con el trato instructivo y culto de la gente bien nacida.

No estimaba la vida, porque acaso desconocía sus más íntimas dulzuras, y para él toda la ciencia militar estribaba en matar sin miedo á morir. Sentía cierto disimulado menosprecio por todos aquellos oficialillos de las academias, que á su juicio, tenían demasiada ciencia en la cabeza para exponerla sin temor al fuego del enemigo.

No le fué muy simpático el alférez, y cada vez que le trataba con el desabrimiento propio de su antipatía y desde la altura de su comandancia, sentía el joven oficial que le avasallaban de nuevo aquellos recelos y pensamientos negros que de vez en cuando oscurecían la luz de sus ilusiones, las cuales estaban ya algo marchitadas antes de que hubiera tenido ocasión de recoger los primeros frutos de ellas.

Grande era su deseo de entrar en fuego: su valeroso corazón le prometía que las balas de los enemigos serían los escalones por donde podría ascender y sobreponerse al rudo comandante.

Al fin salieron al campo, en busca de otra columna con la cual habían de operar combinadamente.



Los carlistas no querían empeñar un combate decisivo, sino agredirles á favor de las escabrosidades del terreno, causando á mansalva en las filas del ejército el mayor número posible de bajas.

El batallón donde militaba nuestro alférez recibió orden de flanquear la derecha de la columna para evitar que la hostilizaran por aquel lado durante su marcha.

Los carlistas aparecían como cazadores que acechan su presa; descargaban sus fusiles sobre las fuerzas del batallón, y desaparecían entre los matorrales y las peñas.

A Fernando le indignaba aquella lucha cobarde y certera en que le combatían y le asediaban más que como á un hombre como animal dañino.

A cada momento caía herido ó muerto un soldado, sin que los flanqueadores pudieran tomar revancha de aquellos asesinatos. Era preciso avanzar siempre por desfiladeros, barrancos y cañadas, saltando de riesgo en riesgo entre las balas enemigas. Si se hubieran detenido á perseguir á los carlistas, el flanco derecho de la columna hubiera quedado desamparado y expuesto á los fuegos de otras guerrillas. El comandante estaba furioso, la tropa indignada y desecosa de sangre enemiga.

En la vertiente de un cerro distinguieron una casa de campo, hacia la cual avanzó la tropa confiada; mente, pero, cuando se hallaban los soldados cerca de ella, aparecieron dos hombres en una ventana y dispararon sobre ellos los fusiles.

Sin que el jefe de la fuerza diese orden alguna, los soldados, ébrios de furor é impulsados por el deseo de venganza, rodearon la finca.

Entonces el comandante dijo al alférez:

—Con la mitad de la segunda compañía fuerce usted la puerta, asalte usted la casa si es preciso y fusile inmediatamente á cuantas personas encuentre usted en ella. Procure usted abreviar para reunirse con nosotros.

Después de dar esta orden verbal, el comandante se alejó con el resto de los flanqueadores.

Los soldados llamaron á la puerta, apercibiéndose sus fusiles, y una pobre mujer abrió el postigo y les invitó á que registrasen la finca, asegurando que los dos carlistas habían huido después de haber disparado sus armas.

Registraron la casa minuciosamente y no encontraron en ella más que un anciano y dos mujeres, pero como no era probable ni verosímil que los carlistas hubieran logrado huir sin que se hubieran percatado de ello los soldados, prendieron fuego á la casa para no errar el golpe de su justa venganza.

El alférez se quedó mirando á los infelices prisioneros y recordó la orden implacable del comandante, por lo cual se veía en el dilema de desobedecer al superior ó dar muerte á dos mujeres y á un anciano. La idea de que la primera

vez que la palabra *fuego* sonara en sus labios fuese para ejecutar á seres indefensos, helaba la sangre en sus venas, y como tampoco podía llevarlos prisioneros en precipitada marcha por aquellos peñascales, se veía en el duro trance de dejarlos libres ó de cumplir la orden del comandante.

Otra vez se levantaron en su conciencia aquellos amargos reproches que de vez en cuando le atormentaban desde que abrazó la noble carrera de las armas; pero en aquella ocasión, eran terribles y abrumadores y paralizaban toda su decisión y su energía.

—Mi alférez,—le dijo el sargento,—la columna está muy lejos. ¿Qué hacemos?

—Seguir adelante.

—¿Y estos prisioneros?

—Dejados en libertad.

Después el alférez pidió su licencia absoluta por haber desobedecido á su jefe, exclamando:

—Yo estaba equivocado. ¡No sirvo para esto!



(Dibujos de F. Veraugo)

RAFAEL TORRONE





# ANECDOTAS TAURINAS

El veterano picador de toros Juan Rodríguez, *el de los Gallos*, bastante conocido de los públicos por haber figurado en la cuadrilla del *c-lifa Lagartijo*, a quien Dios tenga en su gloria, es un hombre tan sencillito y bonachón que por tales cualidades se hace simpático pronto al que lo trata y, si este gusta de la fiesta de toros, encontrará mucho atractivo en la conversación del diestro citado, por los episodios de su vida que con donaire relata.

Nos contó un día a varios amigos el siguiente lance que le ocurrió con unos *cañis*, lance digno de figurar en la serie de mis anécdotas. Habla el piquero:

Acahá la temporá a toros, compraba yo toos los años un cabayeco barato, á lo sumo por cuarenta duros, que me serviría pa corrê liebres, y de que me lo buscasen daba encargo á unos gitanos, porque lo que eyos no encuentran, no lo encuentra naide en toito er hemisferio. Pus bien, una mañana me despertán diciéndome:

—Juan, echa los clisos á esa prenda que tenemos á la puerta é tu casa.

Me visto deprimosa, m'asomo y... ¡Camará que bicho! De mejô topo habrá pocos. ¡Jesú! Fino, gordo, bien hecho, demasiao güeno pa lo que yo lo quería. Me monto eu él, lo yervo ar paso, ar trote, ar galo-pe, náa, de primerísima.

—No sirve,—les dije,—Es más cabayo der que yo quiero. Ya sabéis que gasto poco parné.

—No reñiremo, Juan. ¿Cuánto da osté por este confite?

—¿Pa que os lo voy á decí, si no hemo de hacer trato?

—Ofrezca osté algo siquiea.

—Vaya ¿sirven ochosientos reales?

—Home, ¡por vía er Señó! ¿Es este animá é cuarenta duros? Pongase osté en rasón.

—Náa, lo dicho, si sirve güeno, y si no tan amigos como antes.

—No sea osté asina, que se le va á encogê er borsiyo. Vengan mir reales.

—Ni un ochavo más é los ochosientos.

—Si va osté á paecê subio en esta laja er emperao de Rusia. Suerte dies durito más.

—Ni uno.

—Por ser osté tan amigo quea cerrao er trato, que si no... Ahí tié osté er cabayo. Salú.

Puén ustes figurarse como me queé. Imposible me paresía que no tuviese argún defecto squer animá tan hermoso cuando por cuarenta duros me lo vendían. Pero la verdá es que no lo vi. Sospeché qué fuea roboao y les pedí y me entregaron las guías. ¡Una ganga completa!

Yo estaba loco perdí con mi adquisisión y ar día siguiente, por la tarde, fui á la sierra á dar un paseo y á lucime con mi nuevo cabayó. Cuando gorví, lo yervé á bebê ar pilón que hay en la puerta Osario y, apenas lo acerqué al agua, aquer mardita arma metió toa la cabeza y parte er pescuezo como si fuea á dar una güerta é campana. Lo arretiré y repitió la faena. ¿Qué buscaría en er fondo er pilón?

Se me ocurrió entonces mirarle la booa y... no tenía lengua. ¡Ya paresió aqueyo!

Por la noche fui en busca é los gitanos y los hayé tomando café en el Gran Capitán. Me entraron ganas é estrangulé á uno.

—Mala sorra os coma er jopo,—les dije,—¿os he mercao yo un cabayo pa corrê liebre ó un buzo? Devuélvanme ustés mis cuarenta duros y recojan aquer artista enseguía; pero enseguía...

Después de un baile de máscaras cenábamos varios amigos en el comedor del Círculo de la Amistad en unión del simpático matador de toros Antonio de Dios, *Conejito*, que también se deja caer de cuando

en cuando con algun golpe de gracia. En la mesa que ocupamos se manejaba la tijera á la perfección y raro era el que, al entrar ó al salir, no llevaba su correspondiente tijeretazo.

Entró una señora viuda acompañada de su segundo esposo y el *Conejito*, que no sabía que la referida señora se había casado de nuevo, me preguntó:

—¿Quién es ese cabayero que va con Doña X...?

—Su marido, —le respondió.

—¿Cómo su marido? ¿Pues esa señora no es viuda?

—Sí; es viuda de Don A... pero se ha casado hace poco tiempo con ese otro señor.

—¡Ah! ¡Ya comprendo! Entonces se casó con ese señorito en *segundas esdruías*. Y se quedó tan serio y tranquilo, como si no hubiera dicho nada, al oír nuestras risas.

••

Ponderaba en una ocasión el padre de *Bebe chico* las singulares dotes toreras de su hijo menor *Manolete* y decía muy ufano.

—Hay que ve á ese chiquiyo tomó los toros con la mane izquierda. Es otro Espartero. ¿Y tirándose á matá? Parece er flé de una balansa cuando se tira jacía er platíyo. Con er capote es un primó.

Uno de sus oyentes replicó:

—Todo eso es verdad; pero tiene en frente otro torerito que vale tanto como él: F...

—¿Quién ese? —Respondió Manuel, que así se llama el padre de *Bebe*. —Miren ustes si será valiente F... que cuando en su casa echan la carne ar puchero, juye er chavó mas er tren y no glierve la cara hasta Alcolea.

A. ESCANILLA RODRIGUEZ

## EL ARTE CONTEMPORNEO



VIRGUS AMIGOS, por Ernesto Croft

Conviene que el arte no desdén tener participación en la cruzada contra la guerra; no todo han de ser cuadros de brillantes victorias y gloriosos triunfos, no pocas veces imaginarios. Por ejemplo, el célebre paso del puente de Arcole, por el general Bonaparte, con la bandera en la mano, es un infundio puro, como tantas otras hazañas recogidas por la historia. En cambio, no suele ser muy corriente inspirarse en los honores de la guerra, para llegar al ideal de la *paz universal*, á que tienden todos los hombres de buena voluntad.

La guerra, digase lo que se quiera, es atroz, inhumana, bárbara, y tiene poco de bella en el sentido artístico. Así, vale más pintarla como es en realidad que no imitando á los que alteran su fisonomía para adular á los poderosos.

Ese triste episodio dice más que cuanto pudiera declamar un filántropo: un pobre jinete muerto, y á su lado, su viejo amigo, su caballo, único que hay para compadecerse de él.

Ese muerto tendrá padre, madre, hermanos, una amada, que no están allí para darle el supremo adiós. Hubiera podido vivir largos años; fundar una familia y contribuir á la prosperidad de su pueblo y de su país.

# PEPITORIA

## BIBLIOTECA ROSA

Tal es el título de una nueva y elegantísima colección de tomos de 150 a 200 páginas, con preciosas cubiertas al cromo y cómodo tamaño, conteniendo las obras de los mejores novelistas de Europa, traducidas con inmejorable esmero y siempre íntegras.

Van publicadas hasta ahora las siguientes obras:

*La Comedianta*, por Paul de Molènes, con grabados.

*Drama de amor*, por Federico Soulié.

*Las Animas del purgatorio*, por Próspero Merimé, con grabados.

*Pecados de la juventud*, por V. Perceval.

*La Justiciera de sí misma*, por Carlos Barbarrá, con grabados.

*Teresita*, por Julio Ruiz Montero.

*El Capitán Burt*, por E. Zola.

*Las sendas de Dios*, por B. Björnson.

*El monstruo*, por Carlos Bodin.

*Naida Micoulin*, por E. Zola.

*El sillón fatal*, por Pedro Newski.

*Un orimen infame*, por E. Mürger.

*Noche trágica*, por E. Daudet.

*Un Drama sangriento* (dos tomos), por Luis Jacolliot.

## BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 a 300 páginas, con ricas cubiertas al cromo, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud, aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El Tesoro del Pirata*, por Roberto Luis Stevenson, con preciosos grabados.

*El asesinato del Puente Rojo*, por Carlos Barbarrá.

*Magdalena la Mendiga*, por Luis Jacolliot.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacolliot.

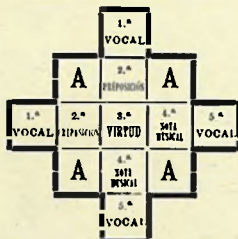
*Orso*, por Eorique Syenkevitz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetán, 50, Barcelona.

En Madrid, *Librería Agrícola*, Seirano, 14.

Asegura en todas partes, sin que tengas que mentir, que no hay callicida alguno como el de LADIVONSIM.  
LOSANGE CHARADÍSTICO



Colóquense en la línea central los significados que se expresan, para que horizontal y verticalmente se lea:

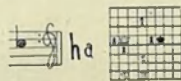
- 1.ª (DE ABAJO) Lugar de la provincia de Lugo.
- 2.ª Voz familiar. Despropósito, disparate, extravagancia.
- 4.ª Parte oriental del antiguo continente.
- 5.ª . . . . .

## NOVEJARQUE

Con el título de *Lascas* ha publicado el inspiradísimo poeta mejicano un precioso tomo de versos, que por todos conceptos son recomendables y confirman la justa fama de que goza el autor.

La edición hecha en Xalapa, es muy elegante.

## JEROGLIFICO, por Novejarque



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES  
a los pasatiempos del número anterior  
Jeroglífico.—

Ruiseñor quisiera ser para entrar en tu balcón y despertarte cantando como canta un ruiseñor.

## Fragmentos jeroglíficos.—

- 5 — NU — BES
- 4 — E — NANO
- 3 — VO — CAL
- 2 — SI — LABA
- 1 — GLO — BO

(ACRÓSTICO)

## NUEVO SIGLO

### CORRESPONDENCIA PARTICULAR

L. F. M.—Habana.—Pace, no señor; no van al cesto ni una ni otra, poesía, sino que írán a la imprenta, por la sencilla razón de que están muy bien verificadas y son muy seotidas, aunque algo larguías.

J. de H.—To estoy absolutamente conforme con que se escriba en verso libre, pero el público no es de este parecer, y por lo mismo no me atrevo a publicar esa *Marinera*, realmente muy armoniosa y que se pasa muy bien sin la rima.

R. G. R.—Trae los jeroglíficos.

J. F.—De nuevo tengo que manifestarle, sin ánimo de darle lecciones, ni mucho menos, que debe usted *comprimirlos*. Por ejemplo: *emplaza usted*: «La noche era oscura, muy negra; negra como la mente de un malvado que, moribundo, seienta sobre sus débiles y huesudos hombros, la helada, pero férrea mano de la muerte.» Ya ve usted cuantas líneas y cuantas imágenes y adjetivos para decir que no se vola ni gota.

J. E. C.—Cuba.—Las poesías y el retrato carecen de interés, relativamente, para el público.

C. L. M.—Tra la charada.

*Abecedabra*.—Francamente esto de escribir poesías amorosas al ritmo de *el ritmo de Riego* me parece... raro. La otra poesía hubiere gustado, probablemente, el año que dice usted, ó sea el segundo de mi paso por este valle de lágrimas.

B. C.—Barcelona.—Envíe usted algo más y veremos; y no crea usted que yo rechace nada por sistema, antes al contrario, tengo mejor la manita ancha que estrecha.

*Quotidiano*.—Me parece, en vista de su envío, que un verdadero objeto debe consistir en provocar una revolución en el ramo de alogos,

haciendo que en vez de ocho ó nueve sílabas tengan treinta y nueve ó cincuenta y seis. La idea es laudable, pero requiere tiempo.

J. de B.—Bilbao.—La alegoría recueta algo cansada, pero se ve que sabe usted escribir.

A. M. G.—Toledo.—La *Nina* está muy bien y por lo tanto se publicará.

V. J. R.—Irá un jeroglífico, pues el otro *Ruiseñor* no creo que nadie sepa lo que es. ¿Querá usted decir *Ruiseñor*?

F. de M. B.—La poesía tiene una forma que hace ya tiempo quedó retirada de la circulación.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSERTAR Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETÁN, 50.—BARCELONA



